

## JOSE EMILIO PACHECO EN SU *POESÍA VERTICAL*

Francisca Noguero. Universidad de Salamanca

\*Artículo aparecido en *Ínsula*, 2014, 816, pp. 22-26. ISSN: 0020-4536.

En una de las primeras reseñas dedicadas a la poesía de José Emilio Pacheco, Rosario Castellanos incluyó una frase que define muy bien el objeto de estudio de esta reflexión: “¿Qué aprehende la poesía sino el instante que aspira a convertirse en eternidad?” (Castellanos, 1993: 36) –se preguntaba, apuntando una de las grandes claves en la obra del mexicano. Así, a continuación analizaré la escritura más acendrada de Pacheco, aquella que describo como “vertical” en la acepción bachelardiana del término, en la que el canto del “ahora” cobra un papel fundamental.

Comentaré aquellos textos –capitales a lo largo de su trayectoria poética aunque nunca bien atendidos- en los que el tiempo se congela de forma imprevista ante la visión de un detalle de la naturaleza, de la belleza femenina o del erotismo tanto en la realidad como en el arte. En ellos, el sujeto zarandeado por la amarga conciencia del devenir encuentra reposo sin renunciar a los sentidos, vinculando esta experiencia a la luz y abandonando la contingencia cotidiana para experimentar la maravilla que supone vivir. Pacheco se muestra, entonces, como un autor en cuyos textos irrumpe “la voz del sí” (Paz, 1994: 16) o, como destaca Paola Ballardín, como un “poeta de la esperanza” (Ballardín, 1995).

Comienzo mi exposición destacando el carácter vitalísimo del mexicano, capaz de asumir los más diversos planteamientos en su obra. De hecho, practicó con fortuna desde el alegato ético a la invectiva satírica o el guiño irónico; de la poesía alegórica a la de claro signo conversacional; del soneto al versículo; del monólogo dramático a la crónica; y de los títulos extensos y de cariz narrativo a los poemas breves, verdaderos fogonazos cargados de intensidad lírica en sus más diversas variantes: dísticos, epigramas, “astillas”, haikus o adivinanzas (a las que dedicó *El espejo de los ecos*, su último libro publicado).

Estos últimos textos integran su obra más minimalista, la que descubre cómo, en escasos pero portentosos momentos de nuestro periplo humano, es posible escapar a la ansiedad por la muerte para lograr lo que ha sido definido con nombres tan dispares como *akmé*, *ananda*, *cenit*, *cúspide*, *cumbre* o *intervalo*. Personalmente, prefiero destacar el carácter epifánico –en su sentido etimológico de “manifestación”– de unas

composiciones que parecen atender a la hermosa definición del término acuñada por Andrés Neuman: “epifanía: atención con milagro” (Neuman, 2014: 36).

Y es acá cuando llegamos al concepto de *verticalidad*. Frente a análisis sobre el tema del tiempo en nuestro autor interesados en las ideas de ciclo o devenir, estas páginas se centrarán en los textos en los que se dan la mano creación y pensamiento de acuerdo con lo comentado por Gaston Bachelard en “Instante poético e instante metafísico”: “El poeta es un guía natural del metafísico que quiere comprender todas las fuerzas de uniones instantáneas”, ya que “en el tiempo vertical de un instante inmovilizado encuentra la poesía su dinamismo específico” (Bachelard, 1999: 100). El argentino Roberto Juarroz, que tituló significativamente su *summa* literaria *poesía vertical*, lo sintetizó perfectamente en la siguiente frase: “La poesía no es investigación sino visión, configuración, presentación y, sobre todo, creación” (Juarroz, 2005: 445).

Como señala Julián Serna Arango en *Somos tiempo. Crítica de la simplificación del tiempo en Occidente*, a diferencia de los filósofos, los poetas no han sido cómplices de la simplificación del concepto de tiempo, aquella responsable de que los términos que representaban diferentes aspectos del *chrónos prôtonos* originario –*aiôn* o tiempo subjetivo, *kairós* o momento oportuno percibido a través de los sentidos (el que nos interesa acá), *chrónos* o tiempo lineal, continuo e irreversible- quedaran finalmente reducidos a la tercera noción (Serna 2009: 15-16). Según Serna, esta constricción se encuentra en la base del rechazo contemporáneo a la noción de fugacidad, canonizado por Henri Bergson en su *Essai sur les données immédiates de la conscience* (1889) y contradicho, sin embargo, por nociones eufóricas de lo efímero propugnadas por pensadores como Bachelard o, en nuestros días, por Michel Maffesoli (*L’instant éternel. Le retour du tragique dans les sociétés postmodernes*, 2000). En esta segunda línea se sitúan, asimismo, poetas cercanos a esta faceta de la sensibilidad pachequiana como Charles Baudelaire, Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz o Yves Bonnefoy, este último nunca citado en relación a la obra del mexicano a pesar de las evidentes conexiones existentes entre la concepción de “plenitud instantánea” en Pacheco y títulos del francés como *Du mouvement et de l’immobilité de douve* (1953) o *L’Heure présente* (2011).

Siguiendo este pensamiento, Christine Buci-Glucksmann insiste en la existencia de un “efímero positivo” y cósmico, capaz de superar la conciencia de lo pasajero para alcanzar un presente ajeno a la idea de sucesión. En él, la percepción de la materia cobra un papel fundamental pues, como ella misma señala, “lo efímero no es el tiempo, sino su vibración vuelta sensible” (Buci-Glucksmann, 2006: 21). Este hecho explicaría la

aversión de Pacheco a *esencialismos* y *abstracciones*, en la línea de lo que brillantemente supieron expresar creadores como María Zambrano<sup>1</sup> o Antonio Porchia<sup>2</sup>. Incidiendo en esta idea, Mario Benedetti destaca como uno de los rasgos más conmovedores en la obra que analizamos el hecho de que, en ella, el sujeto poético se defiende contra el vacío asiéndose a la concreta realidad de las cosas (Benedetti, 1993: 128).

#### EL INSTANTE MARAVILLADO

Pasemos ya a destacar los momentos en los que Pacheco vence la conciencia del devenir con una visión eufórica de la existencia; o, para decirlo con dos títulos emblemáticos entre sus poemarios, aquellas creaciones en las que el sujeto logra *El reposo del fuego* para distanciarse de *La arena errante*. Estas ocasiones fueron percibidas certeramente por Edgar O'Hara en "Pacheco: un monumento a lo efímero" (1982: 16) y, muy tempranamente, por José María Guelbenzu en el prólogo de *Alta traición*: "No deja de ser curiosa la capacidad que este poeta torturado por el paso del tiempo tiene de expresar los gestos de la vida y de fijar el instante fugaz tan admirablemente" (Guelbenzu, 1985: 9).

La asunción de la fugacidad como clave existencial se hace evidente, en primer lugar, en sus aproximaciones a autores admirados. Es el caso de Netzahualcóyotl, de quien recrea versos como los siguientes:

No tenemos raíces en la tierra.  
No estaremos en ella para siempre:  
solo un instante breve.

También se quiebra el jade  
y rompe el oro  
y hasta el plumaje del quetzal se desgarrá.

No tendremos la vida para siempre:  
solo un instante breve. (Pacheco, 1980: 300)<sup>3</sup>.

O de Ornar Khayyam, al que "se acerca" en un hermosísimo *rub'ai*:

No te preocupes por el ayer: ha pasado.

---

<sup>1</sup> "Y el milagro de la poesía surge en plenitud cuando en sus instantes de gracia ha encontrado las cosas, las cosas en su peculiaridad y en su virginidad, sobre este fondo último; las cosas renacidas desde su razón. Ya el hombre, la existencia humana, su angustia, su problematicidad, quedan entonces anuladas" (Zambrano, 1996: 114).

<sup>2</sup> "Lo hondo, visto con hondura, es superficie" (Porchia, 2006: 61).

<sup>3</sup> A partir de ahora aludiré a otra edición de *Tarde o temprano*, que no integra *Aproximaciones* como la que acabo de citar, pero sí reúne todos los poemarios del autor con excepción de *El espejo de los ecos*. Se trata de *Tarde o temprano (1958-2009)*, que en el cuerpo del texto aparecerá como TT.

No te angusties por el mañana: aún no llega.  
 Vive, pues, sin nostalgia ni esperanza:  
 tu única posesión es el instante (Pacheco, 1984: 16).

Estas ideas se continúan en poemas tan escuetos como sintéticos, en los que las ideas de sucesión y memoria quedan vencidas por la experiencia epifánica. Así se aprecia en versos como el central de “Los mares del sur” -“Los paraísos duran un instante”- (TT, 375) y, especialmente, en “Inmemorial”, que transcribo completo por su significación:

El misterioso día  
 se acaba con las cosas que no devuelve.

Nunca nadie podrá reconstruir  
 lo que pasó ni siquiera en este  
 más cotidiano de los mansos días.

Minuto, enigma irrepetible.

Quedará tal vez  
 una sombra, una mancha en la pared,  
 vagos vestigios de ceniza en el aire.

Pues de otro modo qué condenación  
 nos ataría a la memoria por siempre.

Vueltas y vueltas en derredor de instantes vacíos.

Despójate  
 del día de hoy para seguir ignorando y viviendo (TT, 196).

En la misma línea se sitúan “La rueda”:

(...) Hay que aceptarla y asumirla: ser  
 del instante,  
 material dispuesto  
 a seguir en la rueda del hoy aquí  
 y mañana en ninguna parte (TT, 411)

"El jardín en la isla":

El jardín en la isla:  
 aquí las rosas, no florecen: llamean.  
 Sostienen como nubes entre el verdor  
 la materia del aire. (¿Qué hemos hecho  
 para ser dignos de esta gloria? (TT 367).

O aquellos títulos que, como “Escrito con tinta roja”, cantan a la poesía inmortal, precisamente, por su condición efímera:

La poesía es la sombra de la memoria  
pero será materia del olvido.  
No la estela erigida en plena selva  
para durar entre sus corrupciones,  
sino la hierba que estremece el prado  
por un instante  
y luego es brizna, polvo,  
menos que nada ante el eterno viento (TT 158)

Como corolario, se explica el rechazo del sujeto poético a los objetos que, como las imágenes fotográficas o los *souvenirs*, pretenden paralizar espúreamente el tiempo. “Contra la Kodak” comienza con tres versos absolutamente esclarecedores...

Cosa terrible es la fotografía.  
Pensar que en estos objetos cuadrangulares  
yace un instante de 1959 (...) (TT, 132) .

... manifestando una idea continuada en el poema XVII de “Jardín de niños”

Como pedazos de estatuas rotas que desentierran  
en los centros ceremoniales  
son los juguetes lamentables, las fotos,  
los cuadernos casi ilegibles  
hallados de repente al limpiar la casa.  
Estas ruinas son todo lo que perdura  
de la infancia irrestituible. (La estatua  
puede recomponerse;  
el pasado interno  
salidifica a quien se vuelve a mirarlo) (TT, 257).

De forma análoga, “Ámbar” rechaza los recuerdos que, como guijarros, estorban nuestra existencia:

(...) Como un ácido la desmemoria socava las reliquias. Su corrosión lo desordena todo y nos obliga a pensar: la vida está hecha para ser y desvanecerse, no para atestarla de *souvenirs*. Hacerlo peca contra la fugacidad, niega la naturaleza indestructible del cambio. (...) Si guardas algo es como si quisieras frenar la inmensa ola. De nada sirve oponer a su estallido la palma suplicante de la mano (TT, 742).

En esta situación, la brevedad se descubre como un requisito indispensable para lograr el instante vertical o, como subraya Buci-Glucksmann, como uno de los grandes operadores que suscitan la percepción de lo efímero (Buci, 2006, 18). Se pretende así acceder a lo que Roger Munier describió como “épiphany du manque”, la “epifanía de

la falta” que, por acoger el presentimiento del vacío, requiere una formulación inmediata y veloz (Munier, 1979: 55).

Este hecho explica el fervor de Pacheco por la lírica breve japonesa, especialmente sensible a la noción de *Ma* (traducible como espacio, intervalo o vacío). Así, reunió sus aproximaciones a este tipo de textos en *Bajo la luz del haikú* (1997) y manifestó una clara preferencia por los poemas de tres versos para acceder a la “verticalidad”. En estas creaciones, voluntariamente impersonales, la conmoción estética se produce a partir de la visión imprevista de un pequeño detalle de la naturaleza, hecho que las acerca claramente a los haikús. Definidas por su simplicidad, predomina en ellas el elemento sustantivo y provocan finalmente un eco especial de belleza -llamado *haimi* por los cultivadores de la composición japonesa-, por el que el mundo aparece ante nuestros ojos como recién creado.

#### NATURALEZA, BELLEZA Y EROTISMO

Estos instantes de deslumbramiento se suceden desde el principio de la trayectoria de mexicano. Ya Gabriel Zaid destacó en su reseña a *El reposo del fuego* un único momento refrescante en el libro, citando el texto que lo provoca -“El viento trae la lluvia./ En el jardín/ las plantas se estremecen” (TT, 58)- y comentando sobre al mismo: “Es un poema estricto, tan integrado al libro, tan budista, si se quiere, como los demás (...). Es más bien el reverso del libro, su parte soterrada, esa frescura que estamos esperando todos los que creemos en José Emilio Pacheco” (Zaid, 1999: 169).

Encontramos otros ejemplos de este hecho en títulos como “Gota de lluvia”, en el que adquiere especial significación el espacio en blanco entre el segundo y tercer verso:

Una gota de lluvia tiembla en la enredadera.  
Toda la noche está en esa humedad sombría.

De repente la luna la ilumina (TT, 360).

“Colibrí”:

El colibrí es el sol,  
la flor del aire  
entre las dos tinieblas ( TT 441).

O en el canto a fenómenos meteorológicos especialmente venerados por el poeta como la nieve. Así se aprecia en “Berwyn House”:

En el silencio cae la nieve.

Arde la luz.

Vuelve a ser paraíso el mundo (TT, 442)

Otros dos motivos provocan, indefectiblemente, el arrobamiento del sujeto lírico, y con él la ilusión de eternidad. Así ocurre cuando contempla la belleza femenina, sea en un cuadro –recordemos cómo “*Venus Anadiomena*, por Ingres” comienza con el irónico verso “No era preciso eternizarse, muchacha” (TT, 81)- o asentada en el mundo. Es el caso de “A la que murió en el mar”:

El tiempo que destruye todas las cosas  
ya nada puede contra su hermosura.  
Ya tiene para siempre veintidós años.  
Ya se ha vuelto corales, musgo marino.  
Ya es ola que ilumina la tierra entera (TT 131).

“Lluvia de sol”:

La muchacha desnuda toma el sol,  
se vuelve su fuego.  
Y a mediodía, bajo el rumor de las frondas,  
se hace toda de luz la amarga tierra (TT 367).

O “En la noche de todos”:

En la noche de todos algo mío nada más:  
La visión perfecta  
De tu cara en un instante de luz  
Como nadie te ha visto ni te verá... (TT 648).

En este sentido, se entiende la recuperación pachequiana de uno de los grandes motivos del efímero melancólico: la fascinación que produce en el *flâneur* una transeúnte que desaparece rápidamente entre la multitud, canonizada por Baudelaire en “À une passante” y que logra espléndidas versiones en “Ô toi que j’eusse aimée” –“(…) Y ahora una digresión: consideremos/ esa variante del amor que nunca/ puede llamarse amor./ Son aislados instantes sin futuro (...)” (TT 140)- o “Carmen vuelve a Sevilla”:

¿Fue la luna o fue Ishtar,  
Astarté, Afrodita,  
la mujer que por un instante  
entreabrió las tinieblas  
e iluminó nuestra noche  
con su enemiga belleza? (TT 453).

Y si la belleza femenina detiene el tiempo de los relojes, también lo hace el erotismo. Como explica Serna, “hay momentos únicos, extraordinarios, auténticas singularidades, como los del amor, en los que el mundo se coloca entre paréntesis, en

los que se suspende el juicio literalmente sea dicho, en los que *chrónos* pasaría inadvertido” (2009: 42). De este modo, si “Pompeya” presenta a dos amantes eternos por efecto de la ceniza -“(…) Nos ahogaron los gases, la ceniza/ nos sirvió de sudario. Nuestros cuerpos/ continuaron unidos en la roca: / petrificado espasmo interminable” (TT 89)-, “Cerámica de Colima” reivindica la celebración de la vida de que hace gala la artesanía prehispánica, donde los personajes representados, infinitamente, “siguen gozando la libertad/ de las bestias que se hacen dioses” (TT 373). El “acontecimiento de la carne” cobra espléndida proyección en el delicado “Instante”, uno de los pocos poemas de amor firmados por el autor y, por ello, especialmente valioso:

La mano se demora sobre la perfección de la espalda,  
 valle de todo excepto de lágrimas. Milagro  
 de la carne que rompe su finitud  
 y por un instante  
 se vuelve tierra sagrada (TT 433).

#### ELOGIO DE LA LUZ

Destaco, por último, cómo la luz se encuentra indisolublemente unida a la consecución del *kairós*, hecho que comenté por extenso en el prólogo a *Contraelegía* (Noguerol, 2009: 93-97) y que resumo aquí. En la línea de Juan Ramón Jiménez, que supo describir la maravilla del Moguer de su infancia con el verso “La luz con el tiempo dentro” (Jiménez, 1993: 158), Pacheco asocia la contemplación del tiempo detenido con la claridad.

Esta constante de su escritura se encuentra muy vinculada a imágenes tan conocidas como el «justo mediodía» de Valéry o la «tarde eterna» de Machado, momentos en que todo parece detenerse alrededor del sujeto poético. En el caso que nos ocupa, se privilegia el amanecer frente a cualquier otro momento de la jornada. Así, en “Árbol entre dos muros”, el poema que abre *Tarde o temprano*, leemos versos tan significativos como los siguientes: “Sitiado entre dos noches/ el día alza su espada de claridad,/ hace vibrar al esplendor del mundo,/ brilla en el paso del reloj al minuto (...)” (TT 15).

En esta misma línea se explica que muchos de los poemarios se cierran con el nacimiento de sol, portador de esperanza tras la angustia provocada por la oscuridad nocturna. Así se aprecia en el poema en prosa “Alba”, final de “Ley de extranjería” – “Aún no rompe el día y el canto de los pájaros ya ha comenzado. (...) Sus picos desgarran las tinieblas. La luz llega a sus alas. Vuelo de claridad, señal de vida, anuncio de que tampoco será eterna esta noche. Al despertar el sol nace la tierra. Y de su lumbre



se alza otro día nuestro” (TT 412)”- y en su hómologo en verso, titulado de nuevo “Amanecer”:

La luz dibuja el mundo en el rocío.  
De las tinieblas brota el nuevo sol.  
Es la hora en que se nace  
y acaban su trabajo los mataderos (TT 531).

Numerosos títulos reiteran el interés del autor por este momento epifánico. Es el caso de “Alabanzas”, uno de los momentos más plenos en la obra que comentamos, y donde de nuevo los blancos entre los versos cobran especial significación:

1  
El instante se ha llenado de azul.

Caminamos bajo la monarquía absoluta del sol.

Hay un total acuerdo  
entre el estar aquí y estar vivos (TT 339).

4  
(...) El agua enciende el alba.  
Es su dádiva  
otro día más de vida (TT 340).

El reflejo de este instante de gracia se ve continuado en otros títulos como “Alba en Montevideo” (TT 142), “Amanecer en Buenos Aires” (TT 142) o “Amanecer en Coatepec” (TT 641). “La plegaria del alba” (TT 773), colofón de *La edad de las tinieblas* y, por tanto, de *la summa* poética de nuestro autor, resulta ejemplar en este sentido. En el texto, el sujeto poético supera la conciencia del absurdo, la angustia por la finitud y la melancolía del pasado, viviendo en la sola intuición del presente gracias a la luz:

Hace milagros este amanecer. Inscribe su página de luz en el cuaderno oscuro de la noche. Anula nuestra desesperanza, nos absuelve de nuestra locura, comprueba que el mundo no se disolvió en las tinieblas como hemos temido a partir de aquella tarde en que, desde la caverna de la prehistoria, observamos por vez primera el crepúsculo.

Ayer no resucita. Lo que hay atrás no cuenta. Lo que vivimos ya no está. El amanecer nos entrega la primera hora y el primer ahora de otra vida. Lo único de verdad nuestro es el día que comienza (TT 773).

Con estas hermosas palabras llego al final de mi exposición, en la que espero haber demostrado la importancia del “tiempo sin tiempo” en la obra de Pacheco. Permítanme, de acuerdo con todo lo dicho, un último homenaje al poeta, que abandonó el *chrónos* a principios de 2014 pero que, a través de su literatura, seguirá habitando en

el *aiôn* de quienes lo leen y provocándoles *kairós* estéticos con sus palabras, por lo que siempre le estaremos agradecidos.

### **Bibliografía citada**

- Gaston BACHELARD (1999). *La intuición del instante*. México, FCE.
- Paola BALLARDIN (1995). *José Emilio Pacheco. La poesía della speranza*. Roma, Bulzoni.
- Mario BENEDETTI (1993). “La poesía abierta de José Emilio Pacheco”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, ed. Hugo Verani, México, ERA, pp. 126-133.
- Henri BERGSON (1970). *Essai sur les données immédiates de la conscience* [1889] Traducido por *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Salamanca, Sígueme.
- Christine BUCI-GLUCKSMANN (2006). *Estética de lo efímero*. Madrid. Arena Libros.
- Rosario CASTELLANOS (1993). “Dos notas sobre José Emilio Pacheco”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 35-38.
- José María GUEL BENZU (1985) “Prólogo”. En José Emilio Pacheco: *Alta traición: antología poética*. Madrid, Alianza, pp. 7-15.
- Juan Ramón JIMÉNEZ (1993). “Cuando yo era un niño diós”. En Juan Ramón Jiménez: *Antología poética*, ed. Javier Blasco. Madrid, Cátedra.
- Roberto JUARROZ (2005). *Poesía vertical I y II*. Buenos Aires, Emecé.
- Michel MAFFESOLI (2000). *L’instant éternel. Le retour du tragique dans les sociétés postmodernes*. Paris: Denoel.
- Roger MUNIER (1979). *Le parcours oblique*. Paris, Éditions de la Difference.
- Andrés NEUMAN (2014). *Barbarismos*. Madrid, Páginas de espuma.
- Francisca NOGUEROL (2009). “Leerse en Pacheco”. En José Emilio Pacheco: *Contraelegía*. Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 7-124.
- Edgar O’HARA (1982). “Un monumento a lo efímero”, *Plural*, nº 133, pp. 15-22.
- José Emilio PACHECO (1980). *Tarde o temprano*. México, ERA.
- . *Aproximaciones* (1984). México, Libros del Salmón.
- . *Bajo la luz del haikú* (1997) México, Breve alianza.
- . *Tarde o temprano* (1958-2009) (2010). Barcelona, Tusquets.
- . *El espejo de los ecos* (2012). México, Conaculta.
- Octavio PAZ (: “Cultura y natura”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 16-17.
- Antonio PORCHIA (2006). *Voces reunidas*. Valencia, Pre-Textos.
- Julián SERNA ARANGO (2009). *Somos tiempo. Crítica a la simplificación del tiempo en Occidente*. Barcelona, Anthropos.

Gabriel ZAID (1999): “*El reposo del fuego*”. En *Leer poesía*. México, Océano, pp. 168-170. [1972]

María ZAMBRANO (1996). *Filosofía y poesía*. México, FCE [1939].